

El magnífico cuento de Navidad de Miguel Delibes: 'Navidad sin ambiente'



Navidad sin ambiente, un cuento de Miguel Delibes

– Ella **nunca ponía el Niño de esa manera** -dijo Chelo al sentarse a la mesa.

– Es lo mismo; cámbialo. Ni me di cuenta.

Cati se pasó delicadamente las manos por las mejillas sofocadas.

– Sentaos -dijo.

Raúl y Tomás hablaban [junto a la chimenea](#).

Dijo Chelo:

– Mujer, es lo mismo. El caso es que el Niño presida, ¿no?

La silla crujió al sentarse Raúl, a la cabecera. Elvi rió al otro extremo.

– Deberías comer con más cuidado -dijo-. Yo no sé dónde vas a llegar.

Dijo Frutos:

– ¿Por qué no habéis prendido lumbre **como otros años?**

A Cati le temblaba un poco la voz:

– Pensé que no hacía frío -levantó sus flacos hombros como disculpándose-. No sé...

– Bendice -dijo Toña.

Las conversaciones navideñas de los hermanos

La voz de Raúl, a la cabecera, tenía un volumen hinchado y creciente, como el retumbo de un trueno:

– Me pesé el jueves y he adelgazado, ya ves. Pásame el vino, Chelo, haz el favor.

Dijo Cati:

– Si queréis, prendo. Todavía estamos a tiempo.

Hubo una negativa general; una ruidosa, alborotada negativa.

– ¿No bendices? -preguntó Toña.

Agregó Frutos:

– Yo, lo único por el ambiente; frío no hace.

Cati humilló ligeramente la cabeza y murmuró:

– Señor, da pan a los que tienen hambre y hambre a los que tienen pan.

Al concluir se santiguó.

Dijo Elvi:

– ¡Qué bendición más original, chica! **Ella nunca bendecía así.**

Rodrigo miró furtivamente a su izquierda, hacia Cati:

– **Se me hace raro no verla aquí,** a mi lado, como otros años.

Tomás, Raúl y Frutos hablaban de las ventajas del «Seat 600» para aparcar en las grandes ciudades. Dijo Raúl:

– En carretera fatiga. Es ideal para la ciudad.

Chelo tenía los ojos húmedos cuando dijo:

– ¿Os acordáis del año pasado? Ella lo presentía. Dijo: «Quién sabe si será la [última Navidad](#) que pasamos juntos.» ¿No os acordáis?

La familia siente una gran ausencia en esa Navidad sin ambiente

Hubo un silencio estremecido, quebrado por el repique de los cubiertos contra la loza. Raúl estalló:

– Llevaba veinte años diciendo lo mismo. **Alguna vez tenía que ser.** Es la vida, ¿no?

Cati carraspeó:

– Esa bendición se la oí un día al padre Martín. Es sobria y bonita. Me gustó.

Tomás levantó la voz:

– A mí, como no me gusta correr, tanto me da un coche grande como uno pequeño.

Elvi fruncía su naricita respingona cada vez que se disponía a hablar. Dijo:

– Raúl [tiene pan](#), pero haría mejor pidiéndole a Dios que no le diese hambre. Si no, yo no sé dónde va a llegar.

Elena pasaba las fuentes alrededor de la mesa. Y cuando Elvi habló, unió su risa espontánea a la de los demás.

– No, gracias, hija; no quiero más -dijo Frutos con un breve gesto de la mano. Rodrigo denegó también. Dijo luego:

– Ella **ponía la lombarda de otra manera.** No sé exactamente lo que es, pero era una cosa diferente.

Raúl se volvió a Tomás:

– Pero, bueno ¿quieres decirme qué kilómetros haces tú?

Dijo Frutos:

– Con la chimenea apagada no me parece Nochebuena, la verdad.

Toña saltó:

– No es la chimenea.

Cati se inclinó hacia Rodrigo:

– Está rehogada con un poco de ajo, **exactamente como ella lo hacía.**

Elvi arrugó su naricilla:

– Sigo pensando en esa bendición tuya, tan original, Cati. Creo que no está bien. Para arreglar ese asunto entre los que tienen hambre y los que no tienen hambre, me parece que no es necesario molestar a Dios. Sería más sencillo decirles a los que tienen pan y no tienen hambre, que les den el pan que les sobra a los que tienen hambre y no tienen pan. De esa manera, todos contentos, ¿no os parece?

Tomás se soliviantó un poco:

– Haga los kilómetros que haga. Yo no tengo necesidad de correr y en carretera tanto me da un «Seiscientos» como un «Mercedes»; es lo que tengo que decir.

– A mí no me parece Nochebuena -dijo Frutos después de observar atentamente la habitación-. Aquí falta algo.

Una Nochebuena diferente

Chelo amusgó los ojos y miró hacia Cati:

– Cati, mona -dijo- si te miro así con los ojos medio cerrados, como vas de negro, **todavía me parece que está ella** -se inclinó hacia Raúl-. Raúl -añadió-, cierra los ojos un poco, así, y mira para Cati. ¿No es verdad que te recuerda a ella?

Cati hizo un esfuerzo para tragar. Toña hizo un esfuerzo para tragar. Raúl hizo un esfuerzo para tragar. Finalmente, entrecerró los ojos y dijo:

– Sí, puede que se le dé un aire.

Rodrigo se dirigió a Frutos, cruzando la conversación:

– No te pongas pelma con el ambiente. No es el ambiente. Es la lombarda; y el besugo también. Este año tienen otro gusto.

Frutos enarcó las cejas.

– Lo que sea no lo sé. Pero a mí no me parece [que hoy sea Nochebuena](#).

Cati descarnaba el alón del pavo nerviosamente, con increíble destreza. Luego se lo llevaba a la boca con el tenedor en porciones minúsculas.

Dijo Raúl:

– Pásame el vino, Chelo, anda.

Chelo le pasó la botella. Inmediatamente se incorporó y, sin decir nada, colocó al Niño en ángulo recto con el largo de la mesa, encarando a Cati. Inquirió:

– ¿Y así?

Dijo Elvi:

– No os molestéis. Es la bendición tan rara de Cati la que lo ha echado todo a perder.

Toña gritó:

– ¡No es la bendición!

– Bueno, no os pongáis así. Lo que hay que hacer es beber un poco -dijo Raúl-. El ambiente va por dentro.

Y repartió vino en los vasos de alrededor.

Frutos se puso en pie y sacó del bolsillo una caja de fósforos:

– Aguarda un momento -dijo-. ¿Tenéis un papel? -se dirigió a la chimenea.

Chelo le dijo a Toña:

– Toña, por favor, cierra un poco los ojos, así, y mira para Cati.

– Déjame -dijo Toña.

Al fin descubren por qué es una Navidad sin ambiente

Las llamas caracoleaban en el hogar. Frutos se incorporó con una mano en los riñones.

Voceó [mirando al fuego](#):

– Esto es otra cosa, ¿no?

Añadió Chelo:

– Yo no sé si es por el luto o que...

Frutos reculaba sin cesar de mirar a la lumbre:

– ¿Qué? ¿Hay ambiente ahora o no hay ambiente?

Hubo un silencio prolongado, Rodrigo lo rompió al fin. Le dijo a Cati:

– ¿Pusiste **manzanas en el pavo**?

– Sí, claro.

Rodrigo encogió los hombros imperceptiblemente. Frutos apartó su silla y se sentó de nuevo. Continuaba mirando al fuego. Toña le dijo irritada:

– No te molestes más; no es el fuego.

Elvi frunció su naricita:

– Cati -dijo-, si probaras a bendecir de otra manera, a lo mejor...

Se oyó un ronco sollozo. Raúl dejó el vaso de golpe, sobre la mesa.

– ¡Lo que faltaba! -dijo-. ¿Pues no está llorando la boba esta ahora? Cati, mujer, ¿puede saberse qué es lo que te pasa?

(Texto íntegro escrito por Miguel Delibes)

Lectura 2**LAS LLAVES DE LA FELICIDAD**

En una oscura y oculta dimensión del Universo se encontraban reunidos todos los grandes dioses de la antigüedad dispuestos a gastarle una gran broma al ser humano. En realidad, era la broma más importante de la vida sobre la Tierra.

Para llevar a cabo la gran broma, antes que nada, determinaron cuál sería el lugar que a los seres humanos les costaría más llegar. Una vez averiguado, depositarían allí las llaves de la felicidad.

-Las esconderemos en las profundidades de los océanos -decía uno de ellos-.

-Ni hablar -advirtió otro-. El ser humano avanzará en sus ingenios científicos y será capaz de encontrarlas sin problema.

-Podríamos esconderlas en el más profundo de los volcanes -dijo otro de los presentes-.

-No -replicó otro-. Igual que sería capaz de dominar las aguas, también sería capaz de dominar el fuego y las montañas.

-¿Y por qué no bajo las rocas más profundas y sólidas de la tierra? -dijo otro-.

-De ninguna manera -replicó un compañero-. No pasarán unos cuantos miles de años que el hombre podrá sondear los subsuelos y extraer todas las piedras y metales preciosos que desee.

-¡Ya lo tengo! -dijo uno que hasta entonces no había dicho nada-. Esconderemos las llaves en las nubes más altas del cielo.

-Tonterías -replicó otro de los presentes-. Todos sabemos que los humanos no tardarán mucho en volar. Al poco tiempo encontrarían las llaves de la Felicidad.

Un gran silencio se hizo en aquella reunión de dioses. Uno de los que destacaba por ser el más ingenioso, dijo con alegría y solemnidad:

-Esconderemos las llaves de la Felicidad en un lugar en que el hombre, por más que busque, tardará mucho, mucho tiempo de suponer o imaginar...

-¿Dónde?, ¿dónde?, ¿dónde? -preguntaban con insistencia y ansiosa curiosidad los que conocían la brillantez y lucidez de aquel dios-.

-El lugar del Universo que el hombre tardará más en mirar y en consecuencia tardará más en encontrar es: en el interior de su corazón.

Todos estuvieron de acuerdo. Concluyó la reunión de dioses. Las llaves de la Felicidad se esconderían dentro del corazón de cada ser humano.

En la semana del 11 de enero os enviaremos un divertido kahoot sobre estas lecturas y veremos quién es el/la mejor lector/a de la Navidad